

ARMANDO URIBE ARCE

NUEVE POEMAS DE CARLES
RIBA

NO HACE mucho ha dejado de oírse la voz grave de un poeta mayor: Carles Riba. Su lengua catalana sufre el duelo; pero también la nuestra padece la falta de un humanista que acercó la Odisea a nosotros en la mejor versión que conocemos, la ausencia de un poeta que cantó a Ulises y a la propia casa, con la misma voz robusta. Ni Juan Ramón Jiménez ni Machado ni Lorca se atrevieron a tanto; Jorge Guillén cuando canta lo absoluto pone en pie ciertos griegos, pero tampoco dice, como Riba sí dice: “el meu déu parcial, que m’ha elegit per orgull / fins a la injustícia”... Tal certeza en lo terrestre y divino es más afirmativa que la del castellano. Por otra parte, ¿no parece un altísimo Guillén el que define: “ah dolcíssima cosa certa, certa, / cant absolut”?

El más grande poeta catalán después de Maragall y uno de los mayores del siglo en cualquier idioma, es apenas conocido en América. Su obra se ha traducido sólo en parte al castellano y ninguna de esas versiones ha sido impresa en Chile. Sin embargo, la primera edición integral de las *Elegías de Bierville*, uno de los libros de poesía más coherentes y profundos de nuestro tiempo, apareció en este país el año 1949, en la colección “El Pi de les Tres branques”.

“Un poema no se explica; es decir, sus palabras no pueden cambiarse por otras”, expresa Riba en el Prefacio de aquella edición; y pone así en duda la eficacia de las versiones que ahora ofrecemos, en que las palabras necesariamente se han mutado. Pero él mismo, traductor insigne del griego y otras lenguas, dio en vida un ejemplo que hoy día —a pocos años de su muerte— aprovechamos con mesura.

Las *Elegías de Bierville* son obra escrita en el destierro; las cinco primeras, de las cuales presentamos cuatro, se sitúan propiamente en la localidad francesa que prestó su nombre a todas; pero la calidad de exilado es privilegio del hombre en todo lugar, y en ella

descubre el poeta a los seres más altos. En ella también su canto es absoluto.

*Era tan triste el amor, a la vera sombría encenagada
de los recuerdos durmientes, tan solitario en la noche
de ruseñores —oh cosa dulcísima y cierta, cierta,
canto absoluto...*

No por azar nombra Riba en sus "Notas" a Goethe y recuerda las *Elegías Romanas*, experiencias igualmente imperiosas.

Si han de buscársele semejantes tal vez se encuentre a Valéry o a Rilke; más ni en uno ni en otro se juntan el poeta y el hombre terrenal como en este catalán: no devolvieron ellos a la tierra de su lengua las obras de Sófocles y Esquilo (aunque Valéry se midió, antes de morir, con las Bucólicas de Virgilio). De allí se nutre Riba, no de lo precario; su experiencia lucha con ángeles cuyo nombre conoce.

Los libros de *Estancias*, las *Tres Suites*, los poemas religiosos, *Salvatge Cor*, merecen estar ya en la memoria de los contemporáneos de este poeta nacido en 1893. Mientras no se traduzcan totalmente seremos aún menores de lo que deberíamos.

Las tres *Tannkas* traducidas son sólo muestras de un género probable; no ambicionan la "Gracia tenaz y discreta" de la Elegía VIII, pero tampoco menos de lo que en la V es llamado "¡oh pueril, oh real!". El epígrafe de las elegías es asimismo una *Tannka*.

ELEGÍAS DE BIERVILLE

Epígrafe

¡Banderas tristes del crepúsculo!
Contra ellas soy púrpura viva.
Seré, dentro, en lo obscuro, un corazón;
de nuevo al alba, púrpura.

Elegía I

Era secreto el camino, fabuloso en tristezas divinas,
hasta las aguas vivientes que recordándome un nombre
¡oh inefable!, y la callada manera sencilla
de afinar el pensamiento con una gracia constante.

Habían dado a la tierra, los follajes en el cielo
libres, su primavera de antes, humildemente lacia
y dorada: mi paso, ajeno a tantos días de alegría,
ha confortado allí el afán que me arrojaba
del invierno dormido a incierto Abril, ¡ah! como
si tuviesen los hombres todo paz y yo solo fuera errante.
¡Para mí solo sueños en augurio y figural
El alma en ellos reconócese, ya no es la única esperando
en el parque tembloroso donde parece a punto
de renacer no sé qué dios difunto, hijo del verde y de las aguas.

Elegía II

¡Sunion! Te evocaré de lejos con un grito de alegría,
tú y tu sol leal, rey del mar y del viento:
por tu recuerdo que me yergue, feliz de sal exaltada,
con tu mármol absoluto, noble yo como él y antiguo.
Templo ya mutilado, desdeñoso de las otras columnas
que al fondo de tu risco, bajo el oleaje riente
duermen la eternidad! Tú velas,
blanco en la altura, por el marinero
que ve por ti su rumbo bien regido;
por el ebrio de tu nombre, que a través de la desnuda
yerma te busca, extremado como certeza de dioses;
por el exilado que entre las oscuras arboledas te avista
súbitamente, oh preciso, oh fantasmal! y conoce
por tu fuerza la fuerza que le salva del golpe de fortuna,
rico de lo que ha dado y en su ruina tan puro.

Elegía IV

Pura en la soledad y en la hora lenta, una mujer
deja caer con movimiento de árbol o de amoroso grito
la túnica a lo largo, dulce, de los brazos alzados. Mientras
brilla ya el torso secreto, queda cautiva en el lino,
en lo alto, la cabeza. Un momento, o dos. ¡Ah! ¿son suficientes
para que se tronche oscuramente el nudo entre la bella
y este tímido Junio que esperaba, de ella desnuda en la onda
gozo e impulso fluvial para perfeccionarse? ¿Han sido
suficientes, pues tú, imponderable cosa de oro y de mirada,
cabeza, erguida flor, surges de ello indecisa —y tal

como en recelo ahora de las nadas del silencio, que antes
 eran dichosas cómplices? Canta un cuclillo, inocente, de súbito.
 Ella sonríe. La sangre juvenil del mundo vuelve a correr,
 salta, brusca, con el salto de la magnífica, y va
 tiempo abajo, hacia los soles más maduros —y ella nadando, ¡oh
 [ritmo!
 hacia el estío excesivo— ¡ella y dioses y mis ojos!

Elegía v

Ciérrate cúpula verde cristalina por sobre mi cabeza!
 Aguas de curso discreto, brisa apenas más que un gesto
 del silencio, imitad la manera sencilla
 como se olvida mi sangre ahora y sé.
 El sueño inacabable del mundo endulza una
 a una sus oleadas alrededor del melancólico
 jardín. Dentro del alma en paz yo soy el náufrago
 que en la isla profunda en que renace
 del mar súbitamente reconoce
 una patria anterior, sin sorprenderse;
 purifica el crepúsculo, al sendero —¡oh pueril! ¡oh real!
 que lo ha vuelto a tomar, desnudo, envejecido, pero en llamas,
 a cada paso más, más lento a cada paso
 porque quiere la noche y llegar a la esposa secreta
 como esperado por un resplandor siempre inminente de añoranza,
 y ser el uno para el otro un don amoroso en misterio
 —noche en gozo de los ojos, noche más allá de noche!

Elegía XII

Envío

Bajo la noble y abierta ternura de los árboles de Francia,
 pensativo junto al cauce preciso y fiel de sus ríos, he querido
 dar una antigua regla a la abundancia
 del corazón, que la acuerde con el pudor de la voz.
 Llegaréis a la patria que aguarda, elegías, sin mí:
 de dolor a dolor la impaciencia os impulsa.
 Erato, la más cercana, perdona al extranjero si el oleaje
 ahora y antes ha pasado sobre tus números severos.

TRES TANNKAS

I

Conozco la llama
no a mí que allí me quemo;
no el viento antiguo, dentro
de mi tal flor nocturna: mas los celos.

II

Inscripción secreta

Besáronse aquí dos amantes,
de súbito como
no conociéndose, fuera del tiempo,
del rostro, en la memoria pura.

III

Cristo

Diré —¿qué decías
tú? De las voces que me vencen
la más herida, rompiendo las sordas
auroras por donde huyo, brusca?